

Los Nuevos Rostros de la Vieja Cuestión Social. Efectos Humanos, Debates en Ciencias Sociales y en Políticas Públicas

Título: Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina. Nuevas perspectivas analíticas.

Autor: Laura Mota Díaz y Antonio David Cattani (coords.).

Edición: Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM); Centro de Estudios sobre Marginación y Pobreza del Estado de México; Universidad Federal do Rio Grande do Sul; Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

Número de páginas: 290.

Año: 2004.

“Desigualdad”, “marginalidad”, “pobreza”, “exclusión”, “vulnerabilidad” son términos que pueblan el lenguaje del sentido común, los medios masivos de comunicación, las políticas sociales y las discusiones académicas desde hace varios años. Como ocurre a menudo en la historia, estos significantes se deslizan casi sin conciencia en el discurso cotidiano; ello implica que se constituyen en categorías autoevidentes a partir de las cuales se piensan los procesos sociales, las trayectorias subjetivas, las políticas públicas o las elaboraciones intelectuales. El libro que analizamos transita por los significados que estos términos van tomando y que son poco cuestionados.

Una interrogante fundamental

Ahora bien, al comenzar a leer este texto nos topamos con una pregunta central: cuando hablamos de “marginalidad”, ¿nos estamos refiriendo a un “defecto de integración”, a una cierta “anormalidad”? y si así fuese, ¿estaríamos pensando en la posibilidad de una “reintegración” de una vuelta a una “cierta posición en el sistema social”? (Gutiérrez:

19). Ello reenvía a un interrogante que recorre todo el libro: ¿cómo pensar el estatus discursivo y extradiscursivo de nociones tales como “desigualdad”, “pobreza”, “exclusión”, “vulnerabilidad”? ¿Sólo es posible abordarlas desde la falta, o pueden ser también pensadas desde el lugar de la potencialidad, el poder productivo, constructivo que habita todos los espacios humanos?

Cualquiera que sea la respuesta que demos a esta pregunta central, en ella hay efectos materiales imposibles de desechar, pues un concepto es “teoría sintética”; por ende, es un instrumento para pensar y en ese sentido es “teoría de acto” (Arzate Salgado: 262). Los conceptos antes mencionados nutren el sentido común, el lenguaje de los medios, el de las teorías sociales y el de las políticas públicas. Ellos son objeto de una “naturalización” que implica – a veces prácticas acríticas por parte de científicos sociales, funcionarios públicos y miembros de organizaciones privadas. El interrogante acerca de los significados implícitos en las prácticas atravesadas por estos significantes está en el núcleo mismo de problemáticas tanto epistemológicas, como teóricas y políticas, dado que están presentes en las conductas de quienes interactúan en los tres núcleos primordiales de la construcción de políticas públicas en la actualidad: *los gobiernos nacionales, los organismos internacionales y los miembros de la así llamada “sociedad civil”*.

Crítica de categorías de análisis

Desde esta perspectiva el texto comienza planteando la necesidad de someter a crítica ciertos significantes y las estrategias que ellos implican. Así “marginalidad” en el texto de Gutiérrez, “verdad del mercado” en el de Cattani, “exclusión” en el capítulo de Bialakowsky y su equipo de trabajo, “capital social” en el artículo de Toledo, “discapacidad” o “integración” en el texto de Castillo, “necesidades humanas” en el trabajo de Torres Salcido, “desigualdad” y “diferenciación” en el de Rodríguez Solera, así como “pobreza” y “carencia” en el de Arzate Salgado son significantes desbrozados en su evidencia ideacional.

En esta clave, los capítulos del libro tras facilitarnos precisas y necesarias historias de los diversos significados de estos conceptos, nos indican la urgencia de renovar las categorías de análisis de las que

se valen las ciencias sociales; lo cual es inseparable de la intervención de los científicos sociales en políticas públicas.

Así, el texto de Gutiérrez nos dice Ana Núñez hace una crítica de la noción de pobreza mostrando cómo en su núcleo ideacional “aún subsiste la noción de marginalidad, en muchos casos, a la hora de definir condiciones objetivas en cuanto a la posición ocupada en la sociedad, pero posición que remite a los recursos de los que se dispone para la reproducción social (...). La pregunta es cómo definir esa posición social sin limitarse a los recursos económicos (...) cómo articular las condiciones estructurales con la unidad familiar; qué concepto operacionaliza esa relación”. Desde esta perspectiva la propuesta analítica construida por Gutiérrez “va de la marginalidad a las estrategias de reproducción”.¹

En una clave por momentos análoga a la de Gutiérrez, Mota Díaz propone un repaso del arsenal conceptual referido a la pobreza urbana, dado que el término “pobreza” ha tomado en los últimos años una multiplicidad de significaciones. La literatura y los diseños de políticas han vinculado la problemática de la pobreza no sólo con los ingresos, sino también entre otros al capital social que los sujetos poseen. Respecto al lugar político y teórico del concepto de “capital social”, Torres Salcido nos proporciona una aguda crítica de esta herramienta teórica de fuerte centralidad en el andamiaje conceptual que sostiene las políticas sociales de los últimos años y que suele presentarse como pensamiento alternativo y crítico frente a las teorías clásicas que abordan el problema de la pobreza.

El capítulo de Toledo, tras efectuar un minucioso estado de la cuestión en torno al término “capital social”, nos expone su multiplicidad de significados que devienen de su tratamiento en el campo sociológico, antropológico y económico. Esta multivocidad implica ambigüedades y contradicciones en el uso del término, ya que es un intangible, alude a aspectos subjetivos, ligados a la confianza, supone la noción de recursos activos que permiten gestar oportunidades, se enmarca en reglas formales e informales, genera beneficios individuales y sociales, y su uso reiterado no implica que el

¹ En Buenos Aires, en octubre de 2004 durante las jornadas preparatorias al ALAS XXV, Ana Núñez presentó el capítulo de Alicia Gutiérrez.

mismo disminuya forzosamente. El trabajo de Toledo se desprende de toda consideración del capital social a partir de las fuentes que lo sostienen (la confianza, las redes) y lo caracteriza como una *potencialidad*, una capacidad para obtener beneficios con base en el aprovechamiento de redes sociales. Esta potencialidad puede ser tanto *individual* como *comunitaria*.

Los interrogantes respecto de la pobreza abordada en esta perspectiva multidimensional se vinculan de modo ineludible con los de la *exclusión*. En este punto, Castillo retoma la sugerente discusión acerca de la dialéctica entre lo universal y lo particular, problema que atraviesa los debates filosóficos y sociales desde el siglo XVIII. Problema siempre presente y renovado, que implica profundas paradojas lógicas nunca resueltas en este campo. Así, ya textos fundacionales de la Filosofía Social tales como *Del Contrato Social* o *Emilio* de Rousseau contienen en su despliegue lógico unos planteos paradójales que expresan problemas nunca resueltos teóricamente en las sociedades capitalistas. Si todos los hombres son por naturaleza libres, el Estado no debiese intervenir para regular actos privados; ahora bien, si no lo hace posibilita la arbitrariedad, esa circunstancia hace peligrar el contrato social y la ruptura del pacto se cierne como amenaza genuina. Por otra parte, si todos los hombres son iguales, todos en su singularidad deben ser respetados, lo universal (desde la perspectiva de la ley) o lo colectivo (desde la perspectiva social) debe contenerlos en su alteridad; sin embargo, esta contención de las diferencias sólo puede hacerse desde una instancia igualadora (con el fin de respetar la igualdad natural), pero esta homogeneización aplanan las diferencias.

Las paradojas de la libertad y de la igualdad en los últimos años en los que la exclusión se presenta para muchos como una evidencia natural e incuestionable han impulsado debates sobre la *desigualdad*, en ellos se adentra Rodríguez Solera en su artículo. Este autor presenta la diversidad de enfoques en torno a este término, que en los debates de políticas sociales de la actualidad cobra importancia inusitada; tras mostrar de qué modo en varios de los contractualistas y liberales de los siglos XVIII y XIX, que sostenían la idea de “igualdad natural” de todos los hombres, está presente en diversas afirmaciones de modo contradictorio, pero inadvertida, la idea de que hay desigualdades naturales que justifican desigualdades sociales (por ejemplo, los negros, respecto de los blancos o las mujeres respecto de

sus padres o marido). El texto muestra cómo en los últimos años la pregunta en relación con las razones o causas de la desigualdad ha vuelto a planteos de trazo inequívocamente racista, dado que a juicio de algunos autores en la nueva “sociedad del conocimiento”, la inteligencia jugaría un papel fundamental en la consecución de logros. Ésta, según algunas corrientes estaría determinada por factores genéticos ligados a la raza. Lo cierto es que las paradojas de la libertad y la igualdad subsisten hasta el presente, aunque en la actualidad adquieren un nuevo matiz político. Así lo sintetiza Rodríguez Solera diciendo que ambas no pueden ser promovidas igualmente, pues la libertad genera desigualdad y el control de ésta limita o anula la libertad (Rodríguez Solera: 251).

El planteamiento de estas paradojas permite leer el texto de Torres Salcido en clave sobre cómo resolverlas. Quien estas letras escribe es llevada a pensar que las paradojas de la libertad y la igualdad se plantean, pues la carne de la historia (en términos de Arzate) ha sido dejada de lado en las reflexiones sobre el tema. La explicación de la relación entre libertad e igualdad supone, frecuentemente, un razonamiento en términos de lógica formal ahistórica, en cuya base subyace la idea de una sociedad conformada por individuos y cuyo funcionamiento apunta dicho en términos de Leibniz a una armonía de esas mónadas que la pueblan. En este punto, la apelación de Torres Salcido a retomar en una nueva estrategia discursiva el antiguo concepto de “conflicto” permite poner las cuestiones de otro modo. Las paradojas lógicas emergen cuando se olvida el carácter histórico-político de las sociedades humanas, o cuando se invisibiliza el hecho de que ellas están ineludiblemente atravesadas por relaciones de poder. Estos conceptos permiten reubicar los debates sobre la pobreza y la desigualdad.

En un paso teórico más atrevido aún, Arzate Salgado cuestiona el concepto mismo de “pobreza”, el cual supone una teoría del siglo XIX que se ha vaciado de sentido y que ya no alcanza para explicar la carencia social y económica en las sociedades, muy especialmente en Latinoamérica donde la desigualdad es una realidad profundamente compleja, que según el autor no puede reducirse al ingreso económico, sino que incluye también falta de oportunidades por exclusión o discriminación. Así, la pobreza, como teoría fundamental de la carencia, debe ser desplazada de acuerdo con Arzate, en pro de

una teoría de la *vulnerabilidad social* como un proceso construido histórica y socialmente.

La crítica epistemológica

El desbroce al que nos enfrenta el libro implica un primer plano de cuestionamientos terminológicos, que reenvían a problematizar categorías de análisis, lo cual se articula en un segundo momento al cuestionamiento epistemológico, dado que coloca en el banquillo de los acusados al abordaje metodológico.

En algunos trabajos, como en los de Gutiérrez y Bialakowsky, se intenta romper la tradicional dicotomía sujeto-objeto. Desde esta perspectiva, junto con los tradicionales métodos de carácter cuantitativo, el texto nos interna en la exploración cualitativa de documentos y de la voz de las gentes. Particularmente osado es el trabajo de Bialakowsky y su equipo, quien nos desafía a coproducir en equipo, pero integrando también a aquél que tradicionalmente era nuestro “objeto” de estudio. En palabras de Carlos Eroles: “dejarse interpelar, coproducir, comprender y asumir adquieren la dimensión hermenéutica, que legitima la acción desde la participación del sujeto”.² La interpelación es difícil de afrontar, pero no se le puede desoír. Para ello el investigador no puede mantener distancia frente al “sufrimiento”, este modo de ser en el mundo se despliega con brutal impacto subjetivo ante el investigador de nuestros tiempos. El “comprender” adquiere un lugar clave en un acercamiento al otro, no como *objeto*, sino como *prójimo*; lo cual llevaría a producir e interpretar con el otro, quien deja de ser entonces un objeto pasivo de nuestros estudios y pasa a ser un agente activo con el que nos involucramos. La propuesta es atrevida. No sabemos aún con toda claridad qué puede significar, qué efectos puede conllevar en los *sujetos*, antes *objetos* y ahora *partícipes*. Tampoco nos atrevemos a concluir sobre los efectos que ello conlleva en la producción teórica, cuáles son los obstáculos que tal estrategia comporta. Aquí queda también abierta la incógnita que ya no es sólo político-académica, sino también irremediablemente epistemológica, pero también

² En Buenos Aires, en octubre de 2004 durante las jornadas preparatorias al ALAS XXV, Carlos Eroles presentó el capítulo de Alberto Bialakowsky y su equipo.

antropológica; pues la propuesta interpela al investigador a efectuar una torsión interior que supone una transformación o al menos un profundo compromiso ético. Desde esta perspectiva, el artículo de Bialakowsky y su equipo afrontan con decisión y compromiso la gnoseología, epistemología y metodología, tal como ellas fueron pensadas por buena parte de la filosofía y las ciencias a partir de Galileo y Descartes. En este sentido, la escisión sujeto-objeto está presente ya en el *cogito* quien puede escindirse y tomarse como objeto a sí mismo y, más aún, reificarse, transformarse en “cosa” para sí mismo. El hiato, la distancia así establecida, cosifica el mundo del existente humano, transforma la apertura del ser en cosa cerrada, la conciencia se piensa como transparente para sí misma, al tiempo que genera la ilusión de neutralidad avalorativa en el investigador, quien es atravesado por un imaginario y unas prácticas que lo sitúan en el lugar del pensador solitario y austero más allá de la carne de la historia. Aquí es donde el texto intenta suturar ese hiato y propone una transformación metodológica que implica un profundo compromiso del investigador con la realidad social, pero muy particularmente con esas subjetividades junto a las cuales coproduce.

Dicho en términos del capítulo de Arzate Salgado, ciertos conceptos o teorías como la de “pobreza” han sido alienados por los saberes técnicos, y su función teórica ha sido reducida a una supuesta función metodológica que incluye una imaginaria neutralidad y objetividad. Esta clave de análisis nos lleva a pensar en la construcción de índices, como los de pobreza o desarrollo humano que se han convertido en mediciones instrumentales de la carencia, que ocultan una necesidad puramente instrumental: la planeación político-administrativa de las políticas públicas (Arzate Salgado: 265).

Frente a ello, nos dice Ana Núñez analizando el trabajo de Gutiérrez: “el desafío de la ciencia social contemporánea es el problema de la reproducción de la sociedad y sus mecanismos de dominación-dependencia, en todos los niveles”. Para eso, continúa Núñez, es menester “tornar visibles los mecanismos de reproducción social, no sólo *en* la pobreza sino *de* la pobreza, rescatando la

dimensión activa e inventiva de la práctica, recuperando al agente social productor de las prácticas”.³

Así, la crítica epistemológica no es sólo del orden de lo discursivo sino también extradiscursivo; se constituye y es constituyente de nuevas prácticas políticas, dicho en términos de Eroles: “desde el movimiento social de los derechos humanos, descubrimos que no es posible intervenir cuando se trabaja en la asistencia a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos, sin un alto grado de involucramiento y compromiso ideológico con las víctimas, lo que más tarde se extendió a otro tipo de victimización”.⁴

Las condiciones epistémicas de la crítica teórica y epistemológica

En un tercer nivel de análisis, vinculado con las propuestas antes referidas, el libro nos hace una sugerencia respecto del horizonte de sentido desde el cual abordar los problemas la pobreza, la exclusión o la vulnerabilidad. Este nivel se imbrica en una mutación epistémica que hace a la resignificación de términos y a la rearticulación categorial, así como a una transformación de los constructos denotados por ellos.

Si la ciencias sociales en su constitución decimonónica tomaron de la tradición cartesiano-galileana una impronta de separación sujeto-objeto, también en modo análogo a la física moderna adoptaron una mirada analítica que escinde en partes el objeto de estudio. Por otro lado, en clara articulación con las ciencias de la vida que nacían en el siglo XIX abordaron sus objetos sobre una matriz médico-higienista, que midió los problemas subjetivos y poblacionales desde la óptica del par *normal-patológico*. Esta diada conceptual alimentó no sólo la mirada de las ciencias del hombre, sino también en relación con ella el trazado y gestión de políticas públicas desde la última parte del siglo XIX hasta la década de los setenta (y aún persiste en diversos escenarios). La mirada inserta en esa dualidad *normal-patológico* observa a los *objetos-sujetos* que se desvían de la norma como seres individuales que encarnan algún grado de peligrosidad para sí o para la sociedad y que deben ser “reintegrados”.

³ Palabras de Ana Núñez en la presentación del libro en Buenos Aires.

⁴ Palabras de Carlos Eroles en la presentación del libro en Buenos Aires.

En ese horizonte de sentido, buena parte de los desarrollos de las ciencias sociales estuvieron ligadas con la cultura y a las políticas “re”. La sociología, criminología, pedagogía, trabajo social o psicología durante decenios se han presentado (y se presentan) como técnicas de “resocialización”, de “readaptación” de individuos desviados del sistema. Ello supone varios conceptos: el núcleo de la atención está puesto en el individuo, en el sistema hay un adentro y un afuera, en ambos lugares hay núcleos de diverso grado de integración o relación con el centro, así como con variadas probabilidades de reintegrarse al mismo cuando han caído por fuera de la línea de demarcación. El médico, psicólogo o sociólogo poseen un saber experto sostenido en una solidez moral que les posibilita efectuar el “tratamiento” adecuado, para lograr la “reinserción”, fundamentalmente, de los sujetos peligrosos (ya que de estos se trata en general), quienes aparecen como material moldeable en manos de los técnicos. En este sentido, varios capítulos de este libro intentan modificar esos códigos epistémicos.

En esa clave de ruptura con la tradicional cuadrícula del ver y del pensar en el que fueron gestadas esas líneas de las ciencias sociales, el texto de Gutiérrez aborda la problemática de la pobreza y la exclusión no como un afuera del sistema ni en relación a la dicotomía centro-margen, sino que intenta pensar las nociones referidas como “posiciones ocupadas en la sociedad”. Lugares que ofrecen estrategias de sobrevivencia, adaptación y cambio. Estrategias en las que se señala la relativa autonomía de los actores, sus condicionamientos macroestructurales y, al mismo tiempo, sus márgenes de maniobra. En esa línea, el texto invita a pensar no desde la carencia, o la falta, sino desde lo que se tiene, desde las potencialidades. En esta percepción en consonancia con las nociones de “habitus” y “campo” se asume que toda racionalidad elaborada por una unidad doméstica (objeto privilegiado de estudio en los últimos años) está dotada siempre de una racionalidad limitada, pero que no supone una absoluta heteronomía y carencia.

“En esta perspectiva, las estrategias de reproducción son concebidas como una imbricación entre el volumen y la estructura del capital, del estado de los instrumentos de reproducción, de la relación de fuerzas entre las clases y de los *habitus* incorporados. Pero todos los capitales son, también, una fuente de poder y por eso constituyen algo

que está en juego, que se intenta acumular”, nos decía Ana Núñez en relación con el texto de Gutiérrez.⁵

El artículo de Castillo trabaja en esta misma dirección de ruptura discursiva y extradiscursiva. La problemática de la “discapacidad” nació a fines de siglo XIX, ella es un indicador epistémico de la cuadrícula epistemológica que anteriormente describíamos. El discapacitado era considerado un individuo, con faltas o carencias de nivel físico, intelectual y/o moral. El acento se ponía en lo personal, en la falta y en la mayor o menor potencialidad de reinsertarse en la normalidad. El discapacitado era un anormal — mezcla de ruptura con la naturaleza y violación de la ley positiva —, su “tratamiento” bajo una matriz médica era patrimonio de la psicología, la psiquiatría, la psicopedagogía y la criminología. El “tratamiento” suponía una “minoridad” que debía ser asistida. En los últimos años esta percepción se ha modificado. Sobre esta mutación transita el artículo de Castillo, quien resignifica el término “integración”, desechando la idea de que la misma homogeneiza o aplanas las diferencias, para presentarla como la construcción de un tejido “social a partir del reconocimiento de la identidad y la diferencia” (p. 216). Al mismo tiempo, plantea la necesidad de una “sociología de la discapacidad” (p. 211) dado que tal, como abundantes investigaciones han probado, es una construcción social, implica redes sociales; además de que la vulnerabilidad que ella puede suponer no es un fenómeno puramente subjetivo o individual, sino que por el contrario depende del entorno personal y las políticas públicas, los cuales son definitivos a la hora de lograr la integración en la diversidad.

¿Es posible construir desde las carencias? Las estrategias centradas en la potencialidad

Estos planteos llevan en un cuarto nivel de análisis a pensar cuáles son las condiciones de posibilidad de aumentar el margen de maniobras de los grupos pobres o vulnerables; de ese modo la pregunta reenvía entonces — como afirma Gutiérrez — al “volumen y estructura” del capital social y a las redes sociales. Éstas adquieren, en el análisis de la autora, dos dimensiones: 1) las redes de *reciprocidad*

⁵ Palabras de Ana Núñez en la presentación del libro en Buenos Aires.

indirecta especializadas, que remiten a interacciones con organismos nacionales, sociedad civil y finalmente organismos internacionales. 2) Las *redes de intercambio diferido intergeneracional*, que son articulaciones de intercambios recíprocos, particularmente entre los más pobres. En una clave análoga de análisis, Toledo distingue dos tipos de redes sociales: las de *lazos fuertes* (familia, relaciones afectivas) y las de *lazos débiles* (personas extrañas que desarrollan capacidades de actuar en común y expectativas de reciprocidad) (Toledo: 192).

Esta perspectiva rechaza las categorizaciones epistemológicas que se centran en el defecto. Esta idea es en sí misma iluminadora. No porque dé ninguna respuesta definitiva, sino porque las ambigüedades que implica en la práctica el concepto de *redes* —ya que de ellas se trata— y sus diversas formas de intercambios concretos suponen un amplio campo de tácticas y estrategias que ponen el acento en la apertura, los interrogantes, el devenir. Ciertamente los artículos que pueblan el libro no tienen una posición uniforme respecto de esta alternativa como solución a los problemas de la pobreza y la exclusión. Sin embargo, la pregunta queda sugerida: los organismos internacionales ya han visto hace tiempo esta riqueza política de las redes capilares, también los ámbitos académicos; al mismo tiempo ellas funcionan en discontinuidades efectivas diversas. Su potencial, entonces, existe y es ambiguo: puede actuar para perpetuar y multiplicar la opresión o puede establecer grietas en la dominación. En palabras de Núñez: “con estas herramientas analíticas [se] abre el camino para explicar cómo y por qué se reproduce la pobreza y las posibles vías para superarla”.⁶ El texto muestra en su amplitud esta variedad de posiciones frente al potencial de políticas basadas en la idea de “capital social” y “constitución de redes”, conceptos que van de la mano con la insistencia que han mostrado en los últimos años los organismos internacionales en “escuchar la voz de la gente”.

⁶ Palabras de Ana Núñez referidas al artículo de Gutiérrez en la presentación del libro en Buenos Aires.

El horizonte histórico-concreto de los interrogantes: las mutaciones de la forma social capitalista y sus efectos humanos

Ahora bien, en quinto lugar, todo lo anterior reenvía a una pregunta: ¿cuáles son las condiciones de posibilidad que hacen a esta mutación epistémica y a esta búsqueda de los científicos sociales acerca de nuevas perspectivas epistemológicas y conceptuales?

La respuesta está presente en todos los capítulos del libro, aunque mostrada con diversos grados de énfasis y de toma de posición. Los avatares del modo de producción capitalista han llevado desde los setenta a una profunda mutación en las entrañas mismas de este orden social que ha generado un nuevo paradigma sociotécnico, con todo lo que esto implica: reconfiguración del rol del Estado, las empresas y la sociedad civil. Estas transformaciones son mencionadas en varios artículos como “globalización”, proceso que a juicio de Torres Salcido implica, por un lado, la integración de los productos primarios que genera América Latina a los patrones de consumo normalizados a nivel mundial. Por otro lado, ello comporta una transformación y homogeneización de los procesos bajo los lineamientos del mercado y los organismos internacionales, que subsumen bajo su órbita a las tradicionales soberanías nacionales, particularmente de los países emergentes como los de América Latina.

Este proceso sociohistórico lleva a Bialakowsky a mencionar el concepto de un mundo “possocial”, ya que en él el tejido contenedor y reparador de las diferencias está ausente. Dicho en los términos del texto de Bialakowsky y su equipo, el devenir histórico de los últimos treinta años ha profundizado un proceso de “exclusión-extinción”, que emerge como un eslabón inevitable de la vulnerabilidad-exclusión. Con el concepto de “extinción”, los autores intentan avanzar teóricamente construyendo una categoría que permita abordar procesos específicamente latinoamericanos (aunque no ajenos al resto de la humanidad). Así, “extinción” puede ser enunciada en términos históricos (pueblos originarios), en términos de fragmentos sociales desaparecidos (patologizados, criminalizados) o en clave de la guetificación social de los sectores que ya están marcados para ocupar el lugar de subespecie, subhumanidad. Desde esta perspectiva, “extinción” expresa un método invisibilizado donde lo que se extingue cobra la apariencia de autoeliminación casi natural. En ese sentido a juicio de los autores , este polo estaría presente aun en las prácticas

de disciplinamiento aparentemente no cruentas en las que las masas sobreviven.

Este proceso, emergente de la lógica misma del capitalismo, es producto de un “desalojo social”. Este fenómeno, desde la óptica de Bialakowsky, implica unas profundas mutaciones en la forma social capitalista, mutaciones que ya no requieren de un “ejército industrial de reserva”, sino, por el contrario, construyen la “tendencia a la creciente supresión del trabajo vivo”, a la “superfluidización de la fuerza de trabajo”, a la persistencia de formas precapitalistas de trabajo subsumidas a la lógica del capital la “precariedad laboral” y una persistencia de las formas de acumulación originaria, expresadas en la emergencia constante de la violencia.

Sin ninguna ambigüedad, el trabajo anuncia lisa y llanamente lo que parece ser uno de los problemas centrales del mundo actual, particularmente en Latinoamérica: “la anulación de la capacidad de sobrevivencia de la clase que vive del trabajo”. Esto conlleva la idea de que la extinción es un proceso pausado y silencioso. Pero el silencio o la morosidad del devenir no evitan, sino al contrario, la pesada carga de sufrimiento, el padecimiento, la mortificación (la muerte diaria) de los sujetos que pueblan nuestra América. Padecimiento que se expresa en la creciente guetificación urbana de la que también nos habla Mota Díaz, en la violencia que atraviesa los cuerpos y transforma las relaciones familiares y, con ello, las construcciones subjetivas. En realidad, el actual padecimiento humano parece tener un efecto cada vez más hondo: la profunda desestructuración subjetiva que genera una fuerte dificultad de actuar constituyendo lazos colectivos.

Esta problemática es abordada también en el texto de Cattani. Allí, de modo análogo al texto de Bialakowsky y Gutiérrez, el fenómeno llamado de “exclusión” aparece como un proceso propio de los avatares del capitalismo: el mismo deviene de su lógica. Cattani afirma que la lógica del capitalismo radica sencillamente en la historia de una “hazaña” llevada adelante por pocos que consiste en lograr que millones de individuos “busquen a cualquier costo entrar al mercado de trabajo”. Ahora bien, desde la perspectiva de este autor, las mutaciones aludidas por Bialakowsky no estarían produciendo la extinción de masas de la población. Tras historiar breve, pero precisamente diversas formas de “domesticación” de los trabajadores, el texto se inclina por la hipótesis de que “el nuevo modelo no excluye, no desafilia, no

marginaliza de manera definitiva” (Cattani: 68). Lo que estaría ocurriendo es una redefinición de las jerarquías sociales. En esta redefinición la precariedad laboral que conduce a una existencia desamparada e insegura hasta el límite de la tragedia, produce un nuevo efecto de domesticación. Ya no se trata de la domesticación disciplinaria con base en los conceptos de normal-patológico, ya no se trata de las disciplinas del capitalismo industrial, ahora el poder actúa induciendo a “acomodarse”, a “aprender a no rebelarse”. Proceso que afecta fundamentalmente a los más jóvenes porque se encuentran ante condiciones laborales que los encaminan a la aceptación de un horizonte existencial inhumano, lo cual conlleva el abandono de prácticas colectivas de trabajo y solidaridad, así como al acrecentamiento de la indiferencia política y el resguardo en la esfera doméstica. Cattani sostiene sus dichos a partir del análisis de entrevistas realizadas a más de 100 jóvenes universitarios de entre 20 y 25 años en la ciudad de Porto Alegre. La tarea de campo permite constatar el abismo existente entre las expectativas familiares y personales respecto de estos jóvenes, en cierto modo privilegiados, y su realidad efectiva. Los relatos muestran que están sometidos a fenómenos de inestabilidad, clandestinidad, tiempo parcial. Todo ello es, en rigor de verdad, el producto de la “flexibilidad”, uno de los signos distintivos del paradigma sociotécnico que se inaugura en los setenta. A juicio de Cattani, esta flexibilización laboral ha creado una cultura de la inestabilidad que favorece a trabajadores y empresarios en tiempos de bonanza económica; por el contrario, en momentos de reducción del nivel de empleo esto sobrelleva la fuerte precarización laboral que domestica a los trabajadores.

El desamparo existencial: diagnósticos

Las nuevas formas de la domesticación arraigan en la producción de una profunda inseguridad existencial. Frente a ella los diagnósticos difieren: para unos esto está conduciendo a un proceso silencioso de extinción (Bialakowsky); para otros, es una nueva forma de dominación (Cattani). Para algunos esta situación de incertidumbre antropológica no impide la construcción por parte de quienes padecen formas distintas de sufrimiento, dominación, humillación de estrategias activas de resistencia. O, en términos de Gutiérrez, esta misma situación de desamparo y de carencia puede ser condición de posibilidad para la emergencia de “estrategias de existencia” centradas

en la familia y la comunidad. Para investigadores como Toledo, las nuevas alternativas sostenidas en el concepto o paradigma de “capital social” pensado como un *flujo* que genera redes con lazos sociales de diverso nivel de intensidad, tiene potenciales efectos de diferente signo, tanto positivo como negativo. En una perspectiva proactiva de carácter positivo, la construcción de redes produce la posibilidad de obtener beneficios con base en su aprovechamiento, ello ha sido particularmente visible entre los sectores más pobres de Latinoamérica, quienes parecen ser particularmente eficaces en la construcción de redes como mecanismo efectivo contra la inseguridad económica (Toledo: 199). No obstante, el mismo autor señala también los potenciales efectos disruptivos de la construcción de redes en pro de la acumulación de capital social. Así, las comunidades pueden volverse fuertemente autorreferenciales y excluir o rechazar al diferente; pueden llevar adelante fuertes restricciones a las libertades individuales de sus miembros; pueden rechazar todo valor o posibilidad diferente en tanto se aferran a la propia tradición. En ocasiones ciertos grupos ahogan el crecimiento económico defendiendo los propios intereses e incluso generan actitudes espurias entre los miembros de una comunidad. En esta variedad de diagnósticos el libro sigue vivo en manos del lector, quien puede tomarlo a modo de herramienta.

Políticas sociales: las reformas de segunda generación

Pero más allá de los matices diferenciales, todos los trabajos abordan el problema de la creciente pobreza y vulnerabilidad de las poblaciones latinoamericanas. Frente a esta realidad, los Estados nacionales y los organismos internacionales, que en la década de los noventa propiciaban un primer tipo de reformas basadas en la aplicación lisa y llana de las directivas economicistas del Consenso de Washington, han comenzado a plantearse la necesidad de “aprender” de quienes se han opuesto a esas políticas. Así han surgido las denominadas “reformas de segunda generación”, que plantean la necesidad de elaborar políticas sociales revalorizando el lugar de las instituciones públicas y el de la sociedad civil en interacción constante, y a partir de un aprendizaje continuo. La necesidad de aprendizaje está basada fundamentalmente en los diversos modos de resistencia que a nivel mundial han surgido, así como al hecho de que el proceso de “exclusión-extinción”

disminuye los márgenes de gobernabilidad y afecta con ello los movimientos del mercado.

En consonancia con esto, al comenzar el milenio han empezado a proponerse nuevas estrategias respecto de la pobreza, las mismas incluyen una redefinición del término y una fuerte articulación del mismo con el concepto de “capital social”. De este modo, la pobreza no se mide sólo por los ingresos, sino también por las redes en las que un sujeto puede insertarse y por su capacidad de maniobrar en el mundo como decía Deleuze como un surfista en medio de las olas cambiantes.

En este contexto de ideas los organismos internacionales han propiciado la táctica de “empoderamiento” de los pobres y vulnerables, “dar la voz a quienes no tienen voz”, con el fin de que actúen como controladores de la gestión estatal, para aprender de sus reclamos a maniobrar en este mundo cambiante. Ello ha forzado a repensar las políticas sociales, particularmente la pobreza urbana, tal como sugiere el artículo de Mota Díaz.

¿Por qué pensar la pobreza urbana? Precisamente porque las transformaciones tecnológicas que se inician en los setenta en el campo de la electrónica, los nuevos materiales y la biotecnología tienen como uno de sus efectos la expulsión de grandes masas de campesinos a las ciudades, así como fuertes corrientes migratorias dentro del continente. Los grandes centros urbanos de Latinoamérica han modificado su rostro en los últimos años. Mota Díaz nos muestra cómo el grado de urbanización en los países es diverso: avanzada, intensa, moderada o incipiente. Pero independientemente del nivel hay una nota común. Los efectos de la marginación, la expulsión, la pobreza y la “extinción social” impactan fuertemente en las ciudades. En ellas la “despacificación social” es un fenómeno visible. La muerte es una compañera ineludible cuando se transitan sus calles más allá de los circuitos turísticos. Ciudades que en otros tiempos fueron trazadas siguiendo un concepto de “universalidad”, hoy se guetifican no sólo porque surgen vallados físicos en su interior y con ello se reducen los espacios de interacción, sino porque los avatares de la economía, así como la cultura del miedo que se difunde, produce guetos invisibles pero perceptibles en el trato cotidiano. En relación con ello el texto de Mota Díaz plantea una transformación en las políticas sociales que en consonancia con otros artículos del libro no ligan la pobreza

exclusivamente a la insuficiencia de ingresos. Ello, a juicio de la autora, impulsa “políticas paternalistas” que generan en los sujetos una fuerte heteronomía. Tras realizar una ajustada y precisa síntesis de los momentos históricos centrales de transformación de las ciudades latinoamericanas, Mota constata la ausencia actual de políticas integrales que permitan sortear la fragmentación. Su propuesta establece la necesidad de construir lineamientos de política que posibiliten lograr “integración”, “equidad” y “ciudadanía”. Respecto a este objetivo valora la importancia de los “municipios” para “liderar el desarrollo local”.

El planteamiento invita a la polémica. Las políticas de los últimos años en varios países de Latinoamérica han apostado en buena medida a ello; sin embargo, es discutible que hayan limitado la fragmentación como propone Mota Díaz, o que hayan logrado la “integración en la diferencia” que Castillo señala, sino al menos éste es el caso de Argentina han apuntalado una mayor fragmentación, atadura a lo local, expulsión y “extinción social” en términos de Bialakowsky. He aquí la riqueza del libro: diversas miradas recorren un mismo fenómeno, el lector puede debatir a través de sus páginas. La pluralidad de ideas impulsa a pensar.

En este trasfondo polémico se incluye el artículo de Torres Salcido, quien ubica la transformación de las políticas sociales a partir del momento en el cual estas políticas se han supeditado al mercado; ello ha conllevado en “todo el mundo un déficit social” (p. 143). La emergencia del “déficit social” reenvía a pensar el problema de las “necesidades humanas”. Respecto de este concepto, Torres Salcido recoge dos tradiciones filosófico-científicas. Una que le da a las necesidades humanas un carácter “ontológico” (se desprende del texto que “ontológico” está pensado como “propio”, “característico” o en el sentido griego *por fyseos*, lo cual indica algo así como “por naturaleza” y en ese sentido, universal en el género humano). La otra corriente de pensamiento en el análisis de Torres Salcido presenta las necesidades humanas como diversas, debido a la impronta cultural que las constituye. El autor aborda el concepto tratando de superar esta dicotomía indicando que lo humano comporta un núcleo universal, común, pero que el moldeamiento de los aspectos que lo conforman es un producto histórico y cultural. Estos análisis no son reducidos por el autor a un asunto de “mera filosofía”, sino, que en la misma clave que

Mota, Toledo o Gutiérrez, asume que la conceptualización que haga del término “necesidades humanas” tiene efecto en las políticas que se diseñan. Así, una definición de “necesidades” ligada exclusivamente a la “carencia de satisfacciones básicas (servicios urbanos, productos alimenticios, acceso insuficiente a la escuela y a la salud)” (Torres Salcido: 146) remite al “mero hecho de la sobrevivencia”. Esta parece haber sido la nota común según el autor a las diversas corrientes de pensamiento que han hecho propuestas para América Latina. Ello, en parte, se condice con el estado de pobreza que de modo crónico aflige a nuestro continente, aun cuando sus hombres producen en sus tierras alimentos para todo el mundo. A juicio de Torres Salcido, la redefinición del concepto “necesidad humana” lleva aparejada la redefinición de estrategias de políticas públicas hacia la pobreza. Así, sostiene el autor, el concepto de “capital social” fue presentado como una categoría alternativa, en tanto ella no remite solamente a pobreza en el sentido de carencias materiales, sino también a la dimensión “pública, social y subjetiva”. Sin embargo, afirma Torres Salcido, el funcionamiento efectivo del concepto en la implementación de políticas sociales ha mostrado también sus déficits: no asume que la pobreza es un componente estructural del capitalismo, renuncia a incidir en el trazado de políticas públicas y pone énfasis en la cohesión social. Todo eso comporta no sacar a la luz los lazos de carácter clientelar que a menudo se constituyen en nombre del concepto de “capital social”, al tiempo que, enfatizando en la autonomía individual, diluye las responsabilidades de instituciones que debieran combatir la miseria. Todo ello concita la necesidad de revalorizar el concepto de “conflicto”, con el fin de diseñar políticas que partan del concepto de que la “cooperación” entre “individuos” para satisfacer las necesidades humanas únicamente puede darse en un marco problemático, que obliga a los actores a negociar en un contexto de relaciones de poder.

La asunción del lugar que ocupan las relaciones de poder en el trazado de políticas públicas reenvía al problema de la desigualdad, su génesis, sus tipos y las formas de abordarla analizado por Rodríguez Solera. Esta problemática tiene fuerte incidencia en las políticas públicas, dado que la estrategia discursiva que se asuma sobre la desigualdad puede justificar, por ejemplo, las desigualdades en asignaciones presupuestarias en educación, basándose en la idea de la inutilidad de ciertas inversiones destinadas a grupos inferiores

genéticamente, esto es, “desiguales por naturaleza”. Pensando en esta clave habría desigualdades “justas” (por naturaleza) y otras “injustas” (originadas en las instituciones). Esta distinción entre lo “justo” o “injusto” de la desigualdad lleva a plantear a Rawls (y con él a los organismos internacionales como el Banco Mundial) que cierto grado de desigualdad social es necesario, pues impulsa la innovación y eso favorece a todos, incluso a los más pobres. Este argumento ha sostenido teóricamente las políticas neoliberales en América Latina, las cuales, filosóficamente, suponen el concepto liberal de “igualdad de oportunidades” que en realidad no existe en la región (Rodríguez Solera: 248). Ello es acompañado por la idea cada vez más difundida de que la desigualdad, o al menos un cierto grado de ella, es inevitable y hasta indispensable como consecuencia del proceso de desarrollo (Rodríguez Solera: 256). Las políticas públicas podrían, por ende, paliarlas hasta cierto punto pero no resolverlas. Aquí es donde el planteo institucional en las políticas sociales entrega la posta a la iniciativa personal y emerge el lugar de la sociedad civil.

Así las cosas, nuestro tiempo nos interpela finalmente a retomar las viejas cuestiones filosóficas acerca de la condición humana. En varios capítulos late el planteo aunque con respuestas diversas.

La interpelación filosófica

La apelación filosófica brota de modo explícito en el texto de Arzate en las últimas páginas del libro. El autor asevera que aquello de lo que estamos hablando no puede ser reducido a indicadores económicos. Aquello a lo que aludimos es la condición humana misma y se trata de una humanidad que en las últimas décadas ha caído en las mayores cuotas de sufrimiento, humillación, carencia. El término “pobreza”, tal como ha sido trabajado en buena parte de la sociología, parece no poder dar cuenta cabal del fenómeno de la carencia como se nos presenta. Ello ocurre porque la pobreza en buena parte de la literatura sociológica es ligada a la insuficiencia de ingresos y eso comporta según Arzate una epistemología de raíz economicista. Es menester asumir que las reflexiones en torno a este tema implican una toma de posición respecto de *quién* es ese ser que llamamos hombre. Esto implica a juicio del mismo autor asumir el carácter histórico-político de la condición humana y el carácter de *persona* del individuo. Más allá de la multivocidad de este concepto a lo largo de la

historia del pensamiento, el autor parece situar el significado de “persona” en el lugar de la libertad, desarrollada como el compromiso de un ser situado y, por ende, condicionado. Se trata de una condición humana que aunque atravesada por la finitud es un hacerse activo en una triple dimensión: la de labor, trabajo y acción. Según Arzate, la teoría de la pobreza sobre la que reflexionamos involucra una concepción filosófica utilitarista que no alcanza para dar cuenta de estas dimensiones de la condición humana.

Este capítulo, así como las reflexiones de Rodríguez Solera en torno a la aparentemente inevitable desigualdad que atraviesa a las sociedades a lo largo de la historia; o las de Torres Salcido respecto de una estructura ontológica del existente humano; o las de Bialakowsky sobre el lugar del prójimo en la constitución del humano; o el rechazo a pensar en lo humano desde el déficit tal como está presente en Gutiérrez, Toledo y Castillo apelan a un nivel de análisis que entre los años ochenta y noventa las ciencias sociales parecían haber abandonado.

Se trata de pensar “el fundamento”. En correlación con el auge de las políticas neoliberales, diversas corrientes de pensamiento en la filosofía y las ciencias sociales dejaron toda remisión ontológica al fundamento de la cuestión humana. Una especie de “pragmatismo teórico” ha acompañado a una “razón instrumental” que se centró en el “fenómeno”, esto es, en términos filosóficos, lo que *se muestra* o *aparece*. Los brutales efectos a nivel mundial y particularmente en Latinoamérica de aquellas políticas, parecen coincidir con la interpelación a un retorno en la filosofía y teoría social a la necesidad al menos de interrogarse otra vez por el lugar de la condición humana.

Pregunta ésta que reenvía a la “dimensión ética”⁷ en el campo de trabajo de las ciencias sociales. Con estas afirmaciones no pretendemos efectuar la frecuente reducción de la dimensión política a la moral, que oculta, tras el manto de la solidaridad y la autonomía, el abandono de proyectos políticos colectivos, que sumergen a los sujetos en el desamparo de la iniciativa individual. La dimensión ética

⁷ Aludida por Carlos Eroles en la presentación del libro en Buenos Aires.

interpela a los científicos sociales en su condición humana; la interpelación nos plantea cuáles son nuestras metas efectivas, en qué radica el cómo de nuestro hacer, cuál es el fundamento del mismo. La dimensión ética alude a las olvidadas preguntas del viejo Kant: ¿qué debo hacer?, ¿qué me es posible esperar?, ¿qué es el hombre? Ellas abren al científico social ante el abismo de la propia libertad.

smurillo@fibertel.com.ar

Susana Murillo. Profesora en filosofía, Universidad de Buenos Aires (UBA), licenciada en psicología (UBA), magister en política científica (UBA). Profesora e investigadora en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Miembro de la Comisión Directiva de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).